

Julio 2024

La Curuja

Revista Cultural Independiente · Nº 31 · Segunda época



Índice

Luis Segura	
Moscú en la torre	4
Iñaki Polo	
Encuentro con el Bierzo (Mi primera visita)	7
Mayela Paramio	
En las nubes	11
Benjamín Arias Barredo	
Virginia, otra centenaria de Noceda que nos dejó	15
Manuel Cuenya	
Decimocuarto encuentro literario en Noceda del Bierzo	18
Margarita Álvarez Rodríguez	
De colorido leonés	21
Manuel Cuenya	
Entrevista a Àngels Gendre	25

EDITA: COLECTIVO CULTURAL "LA IGUIADA"
COORDINADOR: MANUEL CUENYA
FOTO DE PORTADA: MANUEL CUENYA
ISSN: 2530-2051
DEPÓSITO LEGAL: LE-760-2009

Moscú en la torre

Luis Segura

QUINTANA DE FUSEROS

Licenciado en Filosofía y Magisterio en Educación Especial por la Universidad de Salamanca. En la actualidad trabaja en Educación Especial en León.

A la memoria de Mariano Álvarez Morán, al que todos llamábamos Moscú.

Era un domingo de julio. El reloj de la torre de la iglesia marcaba la una y cuarto. La misa estaba a punto de acabar:

–Podéis ir en paz.

–Demos gracias a Dios–, y los feligreses comenzaban a salir.

En ese preciso momento, en el rellano del campanario, Moscú se quitaba las viejas botas de cuero, los calcetines y la camisa. Con parsimonia los puso debajo de una de las campanas, junto con un paquete de *Celtas*, una caja de cerillas y unas monedas.

Después, pegando el pecho desnudo al pilar que separa los dos vanos que albergan sendas campanas, agarró con decisión las cadenas de ambos badajos y tocó. El broce sonó con toque desordenado dejando en el aire medio volandero y un preocupado runrún que recorrió el pueblo. “¿Quién toca? ¿A qué tocan?”, se decían, con una sola respuesta: “Es Moscú”. Entonces la preocupación se disipó. Tenía tácita licencia para hacer cosas así. No dañaba nada, ni ponía en peligro a nadie, excepto a

sí mismo algunas veces. Y aún en esos casos tampoco se preocupaban, porque sabían que era el tipo duro que, cuando trabajaba, podía hacerlo durante varias horas seguidas sin descanso, que hacía flexiones de suelo en la plaza, que jugaba descalzo al fútbol en las eras, que se metía en el reguero en invierno, que algunos días durmió tirado en la nieve... Era su forma de sentirse vivo. Por esto y por su condición humana era admirado y, en lo esencial, querido por muchos mayores con los que compartía bar y trabajos, y por los niños que a veces lo seguían diciéndole: “Moscúuu”, “Moscúuu”, “Moscúuu”... Él jugaba con ellos, como ahora iba a jugar con la pared de la torre en un reto autoprovocado, de incierto final, arriesgando su reputación y su vida.

Cuando paró de tocar, dio un paso atrás y miró hacia abajo ajeno a las pequeñas tertulias formadas tras la misa recién terminada y a lo que algunos le decían. Más concentrado miró hacia arriba estudiando los detalles de la par-



Moscú (Mariano Álvarez Morán)

te posterior de la espadaña de la iglesia. Esperó un momento, respiró profundo e inició la subida rebosante de ánimo y adrenalina, confiado en su fuerza física y mental.

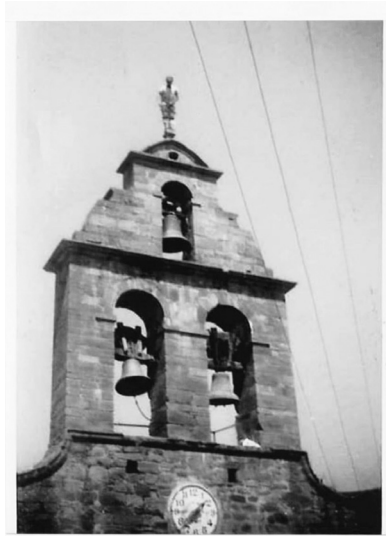
Comenzó agarrándose al yugo de la campana de la derecha y apoyando un pie en el gancho que sujeta las cadenas de los badajos clavado en el pilar a un metro del suelo del rellano. Después se colgó de la moldura del pilar, medio metro por encima de su cabeza. Paso a paso fue coordinando los movimientos de brazos y piernas, pegado a la pared como las lagartijas cuando trepan, hasta alcanzar la cornisa. En todo el tramo, en cada agarre y en cada apoyo, sintió la rugosidad y dureza de la piedra en los dedos de las manos y de los pies descalzos. Ya en la base del capitel le

fue fácil alcanzar la veleta. Puso un pie a cada lado y en posición vertical y agarrado a ella se mantuvo firme. Abajo algunos contuvieron el aliento, otros decían preocupadas frases sueltas, pero la mayoría de ellos asistían al espectáculo confiados.

Alguien dijo: “Vengo ahora”. Fue hasta casa y en un santiamén volvió con su cámara de fotos, una de las pocas que había en el pueblo. El reloj de la torre marcaba las dos menos veinte y Moscú seguía en lo más alto. Encuadró y el clic guardó la hazaña para otras retinas en tiempos venideros, evitando dudas sobre el hecho, que siempre hay quien no se lo cree, sabedor o sabedora de que la memoria es también creativa y reconstructora.

Desde esa altura su imaginación voló sobre los tejados de las casas del barrio de abajo, los prados del *Toral*, los *Castros*, *Marciel* soñado... *Cabanillas*, *San Justo*, *Noceda* y *Bembibre*, que le hizo recordar la imagen del Cristo Salvador que corona su iglesia con los brazos abiertos. Quizá por eso, arriesgando más, soltó la veleta y abrió los suyos, apoyando solo la planta de los pies, con los músculos tensos y el alma libre.

Pasado un rato inició la bajada, que es la otra mitad del camino. Con calma se fue descolgando. Primero del capitel. Después agarrado a la cornisa puso un pie sobre el hombro de la campana de la



"Moscú en la Veleta de la torre"

izquierda, que se movió girando sobre su eje y dejándolo colgado. Había confiado en que no se movería. La nube de la tragedia proyectó su sombra negra. Alguien dijo: "¡Ay Dios mío, se va a caer!" mientras un escalofrío compartido los sacudió a todos, aceleró sus corazones y anticipó en sus cabezas un final demasiado doloroso. Pero Moscú seguía agarrado con fuerza, notando que su corazón se aceleraba y bombeaba una sangre danzarina que le hinchaba las venas. Con los brazos estirados y tensos se mantuvo suspendido sobre los dedos aferrados al borde de la cornisa, sin dejarse vencer por el dolor y el cansancio. A pulso logró subir hasta la moldura del pilar y de pie sobre ella recalculó los pasos; se descolgaría dejando resbalar los pies por la pared. No tuvo más proble-

mas, salvo rozaduras en los dedos que no se iba a molestar en curar.

Ya en el rellano se sentó para descansar brevemente, calzarse, coger el tabaco y el dinero y ponerse la camisa, que no abotonó en todo el día.

Bajó las escaleras del campanario y se fue calle arriba con paso ligero al bar de la plaza, que también era tienda. Entró, saludó y lo saludaron. Se acercó al mostrador y con un golpe seco puso todo el dinero que llevaba sobre la gastada tabla. Iba a pedir vino, pero alguien que acababa de entrar se adelantó.

"Ponle a Moscú un orujo, que hoy lo invito yo, se lo merece", dijo una voz a su espalda. Y, junto con otros que llegaron un poco más tarde, explicó lo sucedido a los que no lo vieron. Después vinieron los halagos y las frases hinchadas y solemnes que a veces duran lo que dura la juerga. Y más orujo y más vino.

Por la tarde Moscú dormiría la borrachera tirado en la calle, y tras un despertar turbio retomaría el día donde lo había dejado.

El día pasó, pero su proeza quedó para siempre en la memoria y el papel. Hablamos de ella, y de otras, porque nos las brindó y porque siempre que recordamos y hablamos de los que ya no están evitamos esa segunda y definitiva muerte que da el olvido. Y aunque solo sea por un momento, los revivimos.

Encuentro con el Bierzo (Mi primera visita)

Iñaki Polo

Llegué por primera vez al Bierzo en agosto de 1976, tras una propuesta de nuestra amiga Chelo. La idea era pasar en esta comarca leonesa unos días de vacaciones.

Llegamos a la estación de Bembibre sobre las seis de la mañana cuatro amigos, dos chicas y dos chicos. Tras apearnos en el andén de la estación, nos adentramos en la villa de Benevívere hasta llegar a la plaza del ayuntamiento.

Iñaki y sus amigos



Como llegábamos cansados, nos sentamos con nuestras maletas en la zona de soportales, al lado de la ferretería Villarejo.

Desde allí pudimos comprobar cómo los mineros, pertrechados de sus atuendos, cascos, candiles y bocadillos, esperaban al autobús, que los trasladaría a sus lugares de trabajo. Dicha estampa me conmovió porque su aspecto y sus ropas, sus indumentarias, denotaban la complejidad y dificultad del trabajo que les esperaba.

Hacia las nueve y media de la mañana llegó Chelo en el autobús que la había trasladado desde San Justo de Cabanillas. Y, como buena anfitriona, nos enseñó la villa de Bembibre. Fue tan entretenida la mañana que terminamos perdiendo el autobús del mediodía que iba a San Justo de Cabanillas, por lo que buscó a alguien con quien poder subir. Un señor de Cabanillas, con su furgoneta llena



que estaba sentada a mi lado, me comunicó que ya llegábamos, entonces comencé a despejarme y, al observar la panorámica desde lo alto, quedé impresionado, porque la perspectiva era alucinante; me pregunté si estábamos en El Bierzo o en África (dicho desde el mayor y absoluto respeto y cariño que se me merece esta tierra), pues lo único que veía eran tejados de paja.

Nos bajamos en la Picota y desde allí nos encaminamos hasta la casa de Pura que tan amablemente nos había dejado para pasar esos días.

de plantas de repollo para plantar, se ofreció a subirnos y allí, en la trasera del vehículo, nos acomodamos como pudimos y subimos al mismo.

Después de toda la noche de viaje, sin apenas dormir, en cuanto nos montamos en aquella DKW, a mí me dio el sueño.

La carretera, sobre todo de Noceda a San Justo de Cabanillas, era polvorienta y ruidosa, porque no tenía buen firme; no obstante, a mí me pudo el cansancio y logré echar una cabezada. Al llegar al alto de San Justo de Cabanillas, Chelo,

La familia de Chelo nos recibió con gran hospitalidad, y, dada la hora a la que llegamos, fue la tía Pilar quien nos ofreció una suculenta comida de lo más típica y sabrosa.

Pasamos una semana entrañable, hacíamos nuestras necesidades fisiológicas en la cuadra del tío Miguel; en el pilón que estaba enfrente de casa de Marillina, todo un espectáculo. Nos poníamos en traje de baño y las amigas en bikini y, con una pequeña manguera, como si fuera una ducha, nos refrescábamos y nos aseábamos.

La señora Marillina, que era una mujer realmente entrañable, nos decía que éramos un poco cochinos por desnudarnos delante de todo el mundo para ducharnos, que si en la calle hacíamos eso qué haríamos dentro de casa, entonces, nos reíamos mucho con ella.

Fueron varias las noches que nos desplazábamos andando a Quintana

de Fuseros, en concreto a la discoteca que había en aquella época, donde conocimos a muchos amigos y amigas de Chelo.

Recuerdo siempre aquella primera vez de vacaciones en San Justo de Cabanillas con muchísimo cariño, la gente era muy amable, hospitalaria y muy trabajadora; desde primera hora de la mañana hasta el anochecer rea-

San Justo





Iñaki Polo y su mujer Chelo

lizaban sus labores del campo; todos los vecinos tenían vacas y el efecto *moñiga* (boñiga) era continuo en olor y presencia; las calles estaban sin asfaltar y la mezcla de polvo y *moñiga* (en la zona también se le dice *moñica*) nos invitaba a sortear el camino.

Desde aquella mi primera vez que visité San Justo de Cabanillas ya han transcurrido 48 años, y desde entonces sigo vinculado de modo afectivo a esta maravillosa y acogedora zona de León porque terminé casándome con la anfitriona, algo de complot y premeditación de las amigas acompañantes había en el ambiente.

La afinidad es tal que incluso mis hijos se han casado con gente de Noceda del Bierzo. Tengo nietos bercianos, mis padres son también de León, por tanto, aunque yo soy nacido y vivo en Vitoria-Gasteiz, me siento muy de León y sobre todo muy del Bierzo.

He de reconocer que me siento hijo adoptivo del Bierzo, de lo cual me siento muy orgulloso, por todos estos años que he podido visitar esta comarca, donde lo paso de maravilla cada vez que me acerco a ella, y sobre todo por la buena gente que conozco.

En las nubes

Mayela Paramio Vidal

Escritora. Profesora de Lengua y Literatura.
Autora de la obra en prosa poética *Baldosas amarillas danzan en el desván del alma*.

A mi lámpara mágica, mi abou.

De mi primera infancia, recuerdo *Maternales*, aquellas aulas previas a los *Párvulos*, con colchonetas para las siestas de tantos pequeños sueños infantiles. Recuerdo mis primeras lecturas escolares con nombres tan sonoros y lejanos como *Genil* o *Sanlúcar* donde dos personajes pequeñajos nos enseñaban entre aventuras a leer con la fluidez del dedo entre las líneas.

El olor del comedor vuelve a serpentear por las rendijas hasta alcanzar el hall del colegio con su salida al patio. El recreo prometía nuevos descubrimientos y con frecuencia nos sorprendía el guiñol y recobraban vida marionetas de guante entre gritos y risas.

Se comentaba que la escuela había sido construida en el antiguo cementerio de la ciudad, ya trasladado, pero cada vez que había obras no era raro ver jugar a algún niño con algún hueso anónimo



y perdido. Quizá su misterioso pasado junto a mi desbordada fantasía alimentaban mis sospechas de que una bruja nos observaba desde el edificio de enfrente, deleitándose al elegir al niño de su siguiente almuerzo. Aquel edificio, construido como Maternidad, curiosamente había acabado convertido en asilo de ancianos y en uniforme negro se asomaban las cuidadoras a orearse

En una celebración con Mayela y otros amigos en León.



mientras me estremecía, oculta en el alféizar de una ventana baja, al crearme su próximo bocado.

Entonces, sólo alzaba los ojos y la constante mudanza de las nubes y sus formas creativas llenaban mi mente de sirenas, ogros, duendes, caballos alados y hadas mágicas que conferían seguridad a la tierna niñez.

Con el paso del tiempo, uno se vuelve áspero y empujado por una atosigante e insensata prisa urbana que va a ninguna parte. Pero hoy, me he detenido y recordando, he alzado la mirada. Ahí seguían suspendidos los nimbos como etéreos algodones de azúcar, ahora enredados en metálicas antenas parabólicas.



Virginia, otra centenaria de Noceda que nos dejó

Benjamín Arias Barredo



En el mes de agosto del pasado año 2023 –unos días después de haber cumplido los cien– también nos dejó Virginia (quien hizo saber a sus hijos el deseo de llegar a esa edad para despedirse). A ella también quiero dedicarle estas palabras de homenaje y reconocimiento, como así lo vengo haciendo en mis escritos de la revista *La Curuja* a nuestros vecinos centenarios.

Virginia siempre fue una gran persona, mujer y madre, además de una buena vecina de la calle la Calzada (barrio de Vega) donde se le recordará y echará de menos porque, siempre tenía palabras de afecto para cualquier vecino que pasara frente a su casa.

Virginia era hija de Ángel Álvarez Fernández (apodado el Palombo, procedente del pueblo de San Justo) y de Adelaida Travieso Travieso (conocida como la mujer que mejor tejía). Esposa de Antonio Marqués González (un hombre sencillo y muy tratable que

nos deleitó con su gaita en las fiestas y eventos, él también nos dejó hace 48 años) con quien tuvo seis hijos: Antonio, Adela, Benita, Pepe, Honorato y Virginia (Honorato también nos acaba de dejar en abril de este año). Asimismo, Virginia era hermana de Conce y de Herminia la lechera, quien siempre iba canturreando cuando servía la leche por Bembibre.

Una mujer muy trabajadora a la que, además de criar a seis hijos, también se le veía arando, abonando y sembrando las huertas y fincas; o segando el trigo, el centeno y la cebada y hacer la maja, la trilla y su limpieza hasta llevarlo al granero y luego amasar el pan para comer la familia; cortando *fullacos* en el monte, cargarlos en el carro y llevarlos a casa para hacer leña de cocina, del horno o para alimentar con su follaje



en las tareas con su esposo, hijos y abuela.

Hay también algunas anécdotas de Virginia que me ha contado su hija Benita, quien recuerda que, siendo Honorato un niño de cinco años, lo llevó con ella a pastorear el rebaño de cabras a Praolascasas. Una vez por allí, después de andar unos cuatro kilómetros desde que salieron de casa, el niño debió de tener cansancio y sueño y se durmió. Como Virginia lo llevaba andando tras ella, confiada, seguía caminando y vigilando las cabras por si algún lobo fuera a atacarlas. Pasaron unos minutos y al mirar hacia atrás y ver que no la seguía, empezó a llamarlo y Honorato no contestaba. Dio

varias vueltas y no consiguió encontrarlo (a la pobre Virginia le entraban sofocos pensando en lo peor). Al cabo de un largo rato, desesperada y dando más vueltas, escuchó los sollozos del pequeño entre unos arbustos que, al verla, echó a correr llorando hacia ella como un cabritillo más del rebaño ¡y todo quedó en un gran susto para el recuerdo!

Estando en Juandevillar, *apañando* castañas con su hija Benita y su yerno

José, Virginia las *apañaba* para el mandil en lugar de cogerlas para un cesto y, en algún tropiezo con todo el peso que llevaba se cayó de culo y no se podía levantar, pero tampoco soltaba el mandil lleno de castañas aferrada a él como si se las fueran a quitar. Benita y José se partían de risa al verla tumbada como un saco lleno de castañas, y, ella, boca arriba sin poder moverse a carcajada llena, llorando de risa que, ni aun ayudándola ellos, se podía poner en pie, ¡imaginaros el peso que podía llevar en el mandil!

Un año, por las fiestas del Quince de Agosto (en el barrio de Vega), después de andar de juerga sin dormir, los tres días sin parar (el 14 víspera, el 15 la Virgen de las Chanas y el 16 San Roque), Virginia, cansada de ver a sus hijos mayores (José, Adela y Benita) con tanta fiesta y sin descansar, les preparó otro festín para el siguiente día 17 de madrugada. A las seis de la mañana –aún estaban recién acostados– les tocó a diana en plan militar para que se levantaran a recoger los garbanzos de Campazas con el rocío (decía que si

valían para andar de juerga también valían para arrancar los garbanzos). Una vez en la finca y, apenas transcurrida una hora recogiendo los garbanzos, empezaron a ponerse malos. Benita se mareó y vomitó pero siguió en el tajo con orgullo, como así lo había hecho disfrutando de las fiestas.

Llegó un momento que ya no podía más con los mareos y vómitos –como el resto de la cuadrilla–. La matriarca, que veía como se caían por los surcos,

Virginia y Antonio con su hijo Honorato en la comunión



14

dormidos, dando tumbos, les mandó descansar y que rompieran filas porque aquello era un desastre (pensando que peor sería que llegaran a ponerse malos y que luego ella tuviera que cuidarlos teniendo tantas cosas que hacer).

Encontrándose cortando *fullacos* por Praolascasas, el perro Tobi se perdió entre los matorrales y, como lo llamaban y no contestaba, pensaron que igual lo había engullido un lobo. Por ese motivo dejaron de cortar los *fullacos* y empezaron a buscar al perrito. Al cabo de un rato lo encontraron asustado, lloriqueando, enganchado entre unas zarzas donde no podía salir y lo liberaron. Tobi, gimiendo y agradecido, no paraba de lamerlos. ¡Y colorín colorado todos se pusieron muy contentos!, por lo que volvieron al tajo a cortar los *fullacos* para cargarlos en el carro ya que se hacía muy tarde. Ahora el problema era arrancar ya de noche entre los matorrales de robles, zarzas y otros árboles y arbustos porque, el carro y las vacas se enganchaban en ellos y no era fácil salir del lugar. ¡Menuda la que lio Tobi!

¿Cómo no recordar a la abuela Adelaida? Era una señora muy dispuesta y trabajadora y la que más y mejor tejía del pueblo. Siempre estaba en su telar haciendo tejidos con sus nietos o con Carolina la de Ñaque. Esta vecina y ellos le cortaban en tiritas los trapos

viejos que no servían para luego hacer mantones, colchas, serones, alforjas, quilmas o hilos de bramante. Todo ello, se requería por la demanda de equipajes para las caballerías y los hogares de los vecinos y que, además, con su venta ganaban unas *perrillas* muy necesarias para sacar a su gran familia numerosa adelante.

La señora Adelaida, para estar tranquila en el telar, lo que hacía era atar a los nietos –cuando eran pequeñitos– con una cuerda a la puerta de casa –que daba también al telar, desde donde los veía y escuchaba–. Ella quería protegerlos de las vacas que pasaban por la calle cuando las sacaban a pastar a los prados –no fuera a ser que los pillaran–, de esa forma podía estar más tranquila tejiendo en el telar. ¡Es una imagen que no se nos olvida a los que éramos niños y pasábamos por allí para ir a la escuela o con las vacas!

Una de las cosas que más disfrutaron Virginia y su marido Antonio, siendo alcalde Quico de Avelino (quien organizó el concurso en León sobre productos típicos de la tierra cosechados en los pueblos y comarcas) fue que, con la pareja de vacas de Lucas Cuenya y con sus aperos y carro que lo llenaron de ramas y palos donde colgaron las calabazas, cebollas, puerros, pimientos, riestras de ajos, chorizos, botillos, morcillas, jamones, lomos, tocinos,

hogazas de pan y demás surtidos (y ellos sentados en medio de la carroza, Antonio fumando en pipa y Virginia hilando la rueca) exhibiendo todo ello por las calles de la ciudad donde conquistaron a sus gentes y al jurado dándoles el primer premio.

Me cuenta Manuel Cuenya que, en este evento, también participaron su padre Lucas y su madre Antonina y que una vaca abortó (una gran pérdida económica familiar, además del sufrimiento del animal). También que su madre perdió una joya de oro (otro gran inconveniente). Asimismo, que el

ayuntamiento se quedó totalmente con el premio y les pareció muy mal a todos.

Todo León quedó maravillado con dicho espectáculo labriego, recogiendo el premio en la plaza del Grano. ¡Esto siempre lo recordaban los cuatro: Virginia, Antonio, Lucas y Antonina con mucho orgullo y satisfacción!

Seguro que, desde donde se encuentre Virginia, Antonio y Lucas, lo recordarán y nos mandarán buenas energías. Descansen En Paz.

(1) Fullaco o follaco
(Término incluido en el Vocabulario de Noceda del Bierzo, de M. Cuenya): Sinónimo de roble. Proviene sin duda de *folla*, hoja.



Decimocuarto encuentro literario en Noceda del Bierzo

Manuel Cuenya

El próximo agosto, dios mediante (que diría el cura del pueblo) tengo previsto realizar (con la colaboración del ayuntamiento y el respaldo del Colectivo cultural La Iguiada) el Decimoquinto encuentro literario en Noceda del Bierzo. Estáis invitados/as.

Como ya tenemos fecha, hora y espacio, pues no está de más recordaros que será el sábado 17 de agosto, a las siete y media de la tarde en las antiguas escuelas del barrio de Vega, como en la pasada edición. Con la ilusión de que las palabras sobrevuelen el útero de Gistredo, la tierra que me vio nacer y crecer.

Cada vez que pronuncio Gistredo siento un chute de adrenalina. Y eso me da energía para proseguir con la tarea, mientras aún resuenan en mi cabeza las palabras de las personas que intervinieran en el Decimocuarto encuentro literario en Noceda del Bierzo, que se celebró el sábado 12 de agosto, a las siete y media de la tarde en las antiguas escuelas del barrio de Vega de Noceda.

En la pasada edición contamos con la participación de las poetas y narradoras Camino Pastrana, Mayela Paramio, Elisa Vázquez, Mari Cruz Álvarez Durández, Ainhoa Prieto, y uno mismo como organizador del evento.

Tengo la impresión de que, en el pasado encuentro literario de Noceda del Bierzo, nos embriagamos de poesía, de emociones, de belleza, esa que engendra luz, quedándose grabado en nuestra memoria emocional, afectiva gracias al numeroso público entregado, amable, y por supuesto al buen hacer de las narradoras que participaron e hicieron posible, con la magia de sus palabras, este encuentro. Mi gratitud por tanto a Camino Pastrana, Elisa Vázquez, Ainhoa Prieto Méndez, María Cruz Álvarez Durández y Mayela Paramio Vidal, además de Carla Bodelón Juan (que prestó ayuda) y Jesús Madero García (con sus fotos). Y también a Luis Segura (originario de Quintana de Fuseros), que leyó sus poemas incluidos en el número de verano (30) de la revista *La Curuja*, a Luis Nogaledo

como concejal de cultura, a Tory Álvarez Arias, como representante del ayuntamiento, al Ayuntamiento de Noceda del Bierzo regentado por el joven y dinámico alcalde Andrés Arias Nogaledo. A quienes lo hicieron posible de alguna mane-



ra. Tampoco quiero olvidarme de la presencia de las amigas, exalumnas y narradoras Laly Dbt, Gelines, Nieves Chamorro... Lástima que este año no pudiera estar entre nosotros José Manuel Nogaledo. Esperamos que esté bien recuperado para el próximo.

Una pena asimismo que Ainhoa Prieto, la autora de *Estar sin ser* y *Contra intangibles*, se pusiera malita en medio del encuentro y tuviera que abandonarlo de forma precipitada debido a su estado de salud, ya que sufre desde hace años de algunas enfermedades raras. Deseo, Ainhoa, que logres en algún momento curarte y vivir en paz. “Quiero pedir perdón a todos los asistentes, a mis compañeras y al organizador por las molestias causadas. Y también dar las gracias a todos por acogerme de una forma tan cálida y por

el cariño que me regalaron. Mención especial a Manuel Cuenya por invitarme y por comprender mi situación. Y también a mis familiares y amigos que estuvieron pendientes de mí en todo momento, ya que eran conscientes de que rozaba el límite. Espero que la próxima vez, salga mejor todo y pueda disfrutar de un ratito agradable. Esto son las enfermedades raras, provocando crisis inesperadas, sin tener ni un ápice de compasión. Gracias a todos y una vez más, lo siento”, llegó a decir Ainhoa Prieto.

La narradora ponferradina Elisa Vázquez, que es toda una especialista en literatura infantil y juvenil, nos obsequió con un relato de corte humorístico, que nos arrancó la carcajada en más de una ocasión. Y eso es de agradecer siempre porque nos



Camino Pastrana, Elisa Vázquez, Mayela Paramio, Mari Cruz Álvarez y un servidor

hizo pasar un rato de lo más agradable habida cuenta del mundo terrible en que vivimos, con la violencia extrema campando a sus anchas, con tantas guerras y genocidios como en el mundo hay.

La narradora de Quintana de Fuseros, Mari Cruz Álvarez Durández, nos encogió el corazón con su relato titulado *Cuando el amor no se elige*, ambientado en Urdiales y Quintana en una época –en realidad no tan lejana–, donde imperaba la barbarie, y mujeres como Demelsa y María la sufrieron a manos de unos tipos desalmados.

La profesora y narradora Mayela Paramio, con su excelente puesta en escena (no en vano tiene vena teatral) y su voz poética (su prosa rezuma poe-

sía) nos envolvió. Y nos hizo incluso caminar por sus *Baldosas amarillas*, danzando nosotros mismos en el desván del alma.

Por su parte, la periodista y narradora Camino Pastrana, quien recientemente había

viajado a Senegal, nos deleitó con una excelente reflexión acerca de las nuevas tecnologías. La propia Camino nos dijo y escribió lo siguiente: “Es indudable que la inteligencia artificial ha venido para quedarse. Y no vamos a luchar contra una corriente inevitable. Lo más lógico es rechazar la dualidad y aceptar que lo artificial y la emoción pueden trabajar en equipo, y hacer que funcionen mixes complejos y extraños, tal y como sucede con el dulce y el salado, el queso con frambuesa, los dátiles con bacon, el vino con nueces y las pasas con asados”, pues eso, amiga Camino, procuraremos convivir en armonía, si tal puede decirse, con lo artificial, aunque a uno le sigue entusiasmando lo natural y la naturalidad, la madre naturaleza, todo aquello que fluye como un río desbordante de energía.

De colorido leonés

Margarita Álvarez Rodríguez

Profesora y escritora de Omaña. En la actualidad, vocal de la Casa de León en Madrid. Autora de *Palabras hilvanadas* y el reciente *Omaña. La voz del agua*.

Y tú, ¿qué lengua hablas? Si quieres responderme, es posible que me contestes, con total seguridad: Yo hablo castellano o español. Y probablemente es verdad, pero solo una verdad a medias, porque yo, que soy también una lengua milenaria, estoy ahí, a tu lado, agazapada bajo tu castellano, y en cualquier momento afloro a la superficie y pongo un color especial lleno de musicalidad en tu forma de hablar. Yo soy la lengua leonesa, eso que ahora muchos llaman *llionés*. En realidad lo que tú hablas es un castellano “leonesizado”, del que a veces no eres consciente. Pero, aunque no lo sepas, ahí estoy, como fiel compañera, ayudándote a ver el mundo con ojos leoneses. Te enseño a medir el tiempo por *ratines* o *minutines*, las cantidades por *pizquinas*, si son pequeñas, o *abondo*, *a embute*, *a esgaya* o *bien d'ello*, si son muy abundantes. Te ayudo a repartir *besines*, que yo revisto de especial cariño... Incluso cargo de afecto las palabras *bobín* y *bobina*, porque mis auténticos bobos son los *fatos*; mis atolondrados, los *tolos* o *tarolos*, y mis pillos son los *alipendes* o *pillabanes*.



Mis niños se llaman *guajes* o *rapaces* y mis adolescentes, *mocinas*. Y mis heridas son *mancaduras* que recubres con *encaños* hasta que se formen las *postillas*... Y, como los leoneses sois personas que queréis aprovechar el tiempo, *aguantáis* para volver *luego*, que no es después, sino pronto. ¡Y *quisió* cuántos cientos o miles de palabras que, *ensin más ni más*, vas introduciendo en ese castellano tuyo peculiar, porque la mayoría de los *achiperres* que tienes alrededor tienen nombre leonés! ¡Cuánto me presta seguir oyendo esas palabras que siempre he puesto a tu disposición!



leonesa, te regalo un montón de palabras para que distingas bien los signos de esa naturaleza exuberante en que te mueves. Palabras que nos hablan de los cambios que se producen, a lo largo del año, en ese entorno en que vives o palabras que nos hablan de sentimientos relacionados

con él. Yo soy esa lengua leonesa que, como el castellano y otras, procedemos del latín, pero que las vicisitudes históricas han hecho que a ellas siempre se les haya dado la consideración de lenguas, que a mí me han negado durante siglos. Y eso que soy más antigua que mis hermanas. *Pémeque* algunos estudiosos incluso me consideran un dialecto del castellano o una forma paleta de hablarlo. Nada más lejos de la realidad.

Decía Unamuno: “Nadie aprendería nada de su propia experiencia, si no tuviera a la vista el diccionario de la experiencia ajena, el lenguaje. Nadie distinguiría los síntomas de la Naturaleza, sino gracias a los nombres que les hemos puesto”.

A ti que has nacido en las montañas del noroeste de León (Bierzo Alto, Laciana, Babia, Omaña...), yo, tu lengua

leonesa, te regalo un montón de palabras para que distingas bien los signos de esa naturaleza exuberante en que te mueves. Palabras que nos hablan de los cambios que se producen, a lo largo del año, en ese entorno en que vives o palabras que nos hablan de sentimientos relacionados con él. En esta carta que te escribo solo puedo recordarte algunas. Por ejemplo, las “palabras de nieve”, porque la nieve forma parte de tu forma de vivir y de ser leonés.

Aquí van algunas. Si caen *falampos* o simplemente unas *farraspinas* echas



mano de las *madreñas* una vez que, a fuerza de *espaliar*, has abierto una *buelga* y puedes *afullancar* a través de la nieve, si alguna *trabe* no te lo impide. Si la nieve está muy seca, la llamas *fallusca* y la *enterrentas* para que llegue antes el *desnevio*. Y cuando el día está *de blandura*, los ríos crecen y se produce una *llena*, porque baja una *tangada* de agua. Si hay mucha *friura* y te mantienes *albestestate* del *abesedo* se te *arfía* la cara, especialmente si por la noche ha caído una fuerte *pelona*. Aún en la primavera nos podemos encontrar con muchos días *gafos* de *marzadas* en que el aire *bufa*. Y qué decir de los *ñuberus* o *reñuberus*, esos espíritus de las nubes, que no tormentas, puesto que en León *vien la nube*, que nos asustan con sus fuertes *tronidos* y temibles *colubrinas*. Y caminando hacia la *otoñada* verás cómo se *marea* la hoja en los árboles y, al tiempo que recogemos los *frutos*, nos preparamos para los *magostos* que son una buena forma de defendernos de esa niebla, poco densa, que empieza a bajar al valle y para la que te regalo otra palabra leonesa: *calabrina*.

¡Qué mengua se produciría en tu capacidad de expresión si olvidaras todos estos matices y las palabras que los nombran! Conocer distintas lenguas siempre enriquece.

No me olvides, no me desprecies, no me consideres inferior. No me conviertas en una lengua extinguida, como esas veinticinco que desaparecen cada año en el mundo. Siéntete orgulloso, porque no soy una modalidad lingüística inferior. No soy *chapurriau*, como algunas de las gentes de la montaña



llaman, de forma un tanto despectiva, a esa forma de hablar que mezcla los dos idiomas. Para cada hablante, independientemente de la importancia social que se dé a su lengua, su forma de hablar es la más importante del mundo, porque es su forma de percibir la realidad, de pensar y de expresarse. Y de dejar huella para la posteridad. Por este motivo es una tragedia cultural el hecho de que una lengua desaparezca.

Yo, tu lengua leonesa, estoy ahí: en tu pensamiento, en lo que dices y en lo que oyes, y en todo aquello que te rodea. Cuando expresas la intensidad de un sentimiento con interjecciones

como *hospe, home, meca...* estás usando la lengua leonesa. Y cuando lo haces con gestos, también pongo a tu disposición unas cuantas palabras para llamar a cada uno: *gayolas, esparavanes, esparajismos, licuelas, cigañuelas...* Todas estas palabras, muy expresivas, presentan una gran variedad de matices.

Cada día, desde que ves la luz de la *amanecida* hasta que contemplas las *rubianas* del ocaso, aunque no seas consciente, yo, tu lengua leonesa, tiño varias veces tu mente o tu habla de colorido granate. Solo con que me reconozcas alguna vez, ya me siento agradecida y *afalagada*. ¡Y viva!



Entrevista a Àngels Gendre

Manuel Cuenya



Autodidacta e inquieta, con ganas siempre de mejorar y aprender, Àngels Gendre nació y se crio en la ciudad de Barcelona, en el barrio de Les Corts.

Aparte de su formación reglada en FP y BUP, se autoformó en informática con un pequeño ordenador casero a finales de los años 80 para acabar especializándose en programación y en análisis informáticos que le permitieron trabajar de forma profesional en este campo hasta el 2007, año en que conoció el Bierzo y decidió lanzarse a la aventura del turismo rural con dos casas, La Ruda y la Jara Blanca, en el pueblo de San Justo de Cabanillas.

Asimismo, cursó la Licenciatura de Psicología que abandonaría poco antes de haberla finalizado para cursar el nuevo Grado de Arte en el que se ha sentido plenamente realizada, porque le ha permitido desarrollar sus cualidades artísticas.

¿En que época se despertó tu interés por El Bierzo?

El Bierzo lo conocí por casualidad. Nunca había oído hablar de esta comarca, ni tenía referencias sobre la provincia de León mas allá de lo que los libros y la historia me habían presentado. Supongo que al no tener lazos familiares ni conocidos de esta zona y, al ser la provincia de León poco dada a la promoción de sus maravillas, no me acerqué a este lugar de una manera premeditada. Mi familia paterna es de Barcelona y de algunos pueblos de la comarca de l'Urgell, Lleida; mi familia materna de la Sierra Sur de Sevilla y de los pueblecitos blancos de Cádiz, en la Sierra de Grazalema. Mi interés no estaba directamente asociado al Bierzo sino al de comprar una segunda vivienda en el campo, en una zona rural húmeda, verde y lluviosa.



¿Cómo te dio por asentarte en esta tierra?

Al Bierzo llegué tras una larga búsqueda de un lugar en el que poder comprar esa casa de campo, todo ello sin aún ser consciente del cambio personal y de vida que posteriormente esta adquisición conllevaría y que me acercaría a una nueva forma de vida gracias al turismo rural. Fue a principios del 2007 cuando empecé a realizar búsquedas online por zonas más cercanas a mi tierra pero que iba descartando debido a los precios desorbitados y muy alejados de mi pequeño presupuesto. Así, poco a poco, pasé de buscar casa

por el Pirineo Catalán, Huesca, Cantabria, País Vasco y Asturias... y ya desanimada pasé a dar el gran salto a Galicia, tierra que siempre me había enamorado y que de modo indirecto me acercó al Bierzo. Con muy poca oferta accesible desde Internet finalmente seleccioné varias casas en Galicia y casualmente una bastante próxima que se encontraba en el Bierzo (en Berciego, Noceda). Planifiqué el viaje iniciándolo desde Galicia. Compré billetes de avión, reservé hoteles y alquilé un coche para poder visitarlas, pero el azar hizo

que una contractura no me permitiera tomar el vuelo y perdiera las reservas, pero, a pesar de todo, unos días después, cuando me encontraba mejor, decidí tirar adelante con el viaje. Salí de Barcelona con mi propio coche e inicié el viaje a la inversa, entrando primero por el Bierzo. Embelesada por la comarca ya nunca continué hasta Galicia, y, aunque descarté la casa que visité en Berciego, decidí que volvería en verano a seguir con la búsqueda, pero ya centrada únicamente en El Bierzo. Quién sabe qué habría sucedido si aquel viaje se hubiese iniciado en Galicia, tal vez nunca hubiese conocido el Bierzo...

¿Desde cuándo vives en EL Bierzo?

Pisé por primera vez el Bierzo en Semana Santa del 2007 cuando llegué para visitar la casa de Berciego. Posteriormente, regresé en agosto para seguir buscando y comprar finalmente en San Justo de Cabanillas. Luego, tras decidir que llevaría a cabo un proyecto de turismo rural regresé ya en noviembre del mismo año y me lancé con una primera mudanza para asentarme definitivamente en esta tierra, dejando atrás mi trabajo como informática. Durante estos años, hasta la fecha actual, he tenido algunas idas y venidas de largos periodos en los que he ido alternando Barcelona y el Bierzo para poder estar cerca de mis padres cuando enfermaron. Ahora ya llevo varios años de un modo definitivo aquí.

¿Te ves viviendo aquí pasados unos años?

Cuando se realiza un cambio de vida tan radical como el que yo llevé a cabo cuando ya tenía 39 años, dejando atrás toda una vida y un trabajo estable y que además ha representado un salto importante desde una gran ciudad a un entorno rural, nunca se sabe si el cambio va a ser definitivo o no. La adaptación siempre es un factor imprescindible. Durante estos años ha habido momentos puntuales muy duros que han hecho cuestionarme si realmente valían la pena muchos de los

esfuerzos que he tenido que realizar, tanto en lo personal como en continuar adelante con mi proyecto rural del cual siempre he intentado vivir.

Esta pregunta me la han formulado numerosas veces tanto personas queridas y de mi entorno cercano que han vivido conmigo alguna de estas complejas situaciones como otras que he ido conociendo a lo largo de los años, sobre todo los huéspedes de las casas rurales, que se muestran llenos de curiosidad por este gran cambio.

Aún hoy, a pesar de haber transcurrido ya diecisiete años sigo dejando que las circunstancias vayan guiando el futuro sin fijar una meta a largo plazo. De momento la intención es continuar viviendo aquí.

¿Cuál es tu opinión sobre esta comarca leonesa?

Por ser el lugar donde vivo, en el que he estado ejerciendo la actividad del turismo rural durante más de doce años, me gusta destacar que el Bierzo es un lugar enormemente bello y lleno de riquezas por explorar, rescatar y salvaguardar. Es una comarca muy desconocida quizás porque no se sabe ver a sí misma ni mostrarse en toda su amplitud a los demás. Posee un entorno rural cargado de biodiversidad, de historia, tradición y cultura que aún en su combinación un gran potencial capaz por sí mismo de generar sufi-



ciente riqueza para crecer y salir de la gran marea negra que ha dejado la ya apagada vida del carbón de la que hasta hace unos años se nutrió y que aún parece frenar con su memoria una nueva prosperidad de la que emerger. En el mundo rural se vive una gran discriminación en referencia a las oportunidades que ofrecen las ciudades, debiendo luchar con menos recursos y más esfuerzos por la igualdad de oportunidades que eviten mayores perjuicios y despoblación.

¿Te parece que El Bierzo en general debería apostar más por el turismo rural?

Sí, sin dudarlo. En todas las zonas rurales, incluida El Bierzo, creo que se debería trabajar por reconocer y

revalorizar las propias riquezas y oportunidades, potenciándolas de forma que se puedan abrir nuevas perspectivas, nuevas maneras de hacer y de mirar sus realidades que den luz al futuro generacional.

Sin dejar aparcadas otras apuestas complementarias como son la ganadería y la agricultura, con sus marcas de calidad y de denominación de origen, el turismo ru-

ral es uno de nuestros grandes bienes a potenciar. Digo a potenciar porque, aunque el sector dedicado al turismo rural es muy numeroso, considero que no hay una visión real de la situación de precariedad actual de dicho turismo, no existe un apoyo real a las iniciativas privadas que son las que una a una formamos la gran plataforma rural existente.

Institucionalmente, existen proyectos concretos, zonas reconocidas internacionalmente como Las Médulas, parajes naturales como los Ancares... bienes como el Camino de Santiago o el rescatado Camino Olvidado, pero un buen proyecto de turismo rural va mucho más allá. La comarca del Bierzo en la actualidad la estamos reforzando

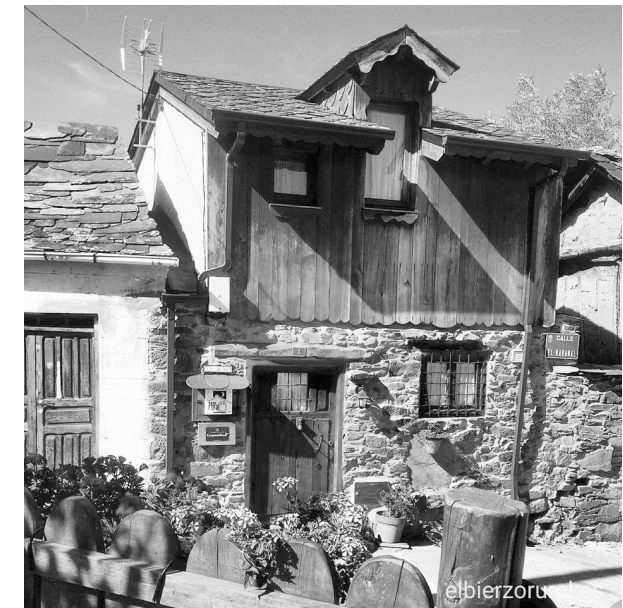
y moviendo toda una red de pequeños individuos, de diferentes entidades, casas rurales y centros de turismo rural con la suma de todas nuestras pequeñas acciones que van mucho más allá de la promoción de nuestros negocios abarcando problemáticas que deberían estar respaldadas por entidades gubernamentales. Nos encontramos en una comarca de una gran riqueza turística, pero a su vez la mayoría no podemos vivir plenamente de esta actividad por las carencias y obstáculos con los que nos encontramos.

¿Qué acciones deberían tomarse en esta apuesta por el turismo rural en El Bierzo?

Una buena apuesta por el turismo rural debería nacer de la base de un profundo análisis de nuestra realidad y no solo de un proyecto con propuestas aisladas y sin una verdadera solidez, estudiar cada una de las diferentes idiosincrasias y problemáticas que nos frenan y desalientan y con ellas la prosperidad del turismo y de la comarca. Para todo ello es necesario un verdadero diálogo entre las diferentes entidades gubernamentales locales, el

Consejo Comarcal y las entidades turísticas, asociaciones e individuos que formamos este colectivo, para poder poner en marcha, a través de la visión profunda de las realidades, verdaderos planes y soluciones en la viabilidad turística.

Potenciar el turismo rural en entornos con pocos planes de rescate económicos y turísticos, como es el caso de nuestra comarca, requiere de mayores reivindicaciones por lograrlos, pero a su vez también iniciativas que vayan más allá en sus propuestas y sepan tomar referentes de modelos de turismo que están ya en funcionamiento en nuestro país para posteriormente adaptarlos a nuestras propias necesidades; imaginación para aportar nuevos recursos



y poner en alza valores y cambios en costumbres y hábitos muy arraigados en el mundo rural –tanto desde los gobiernos como desde los ciudadanos– que dañan nuestra prosperidad y bienestar colectivo.

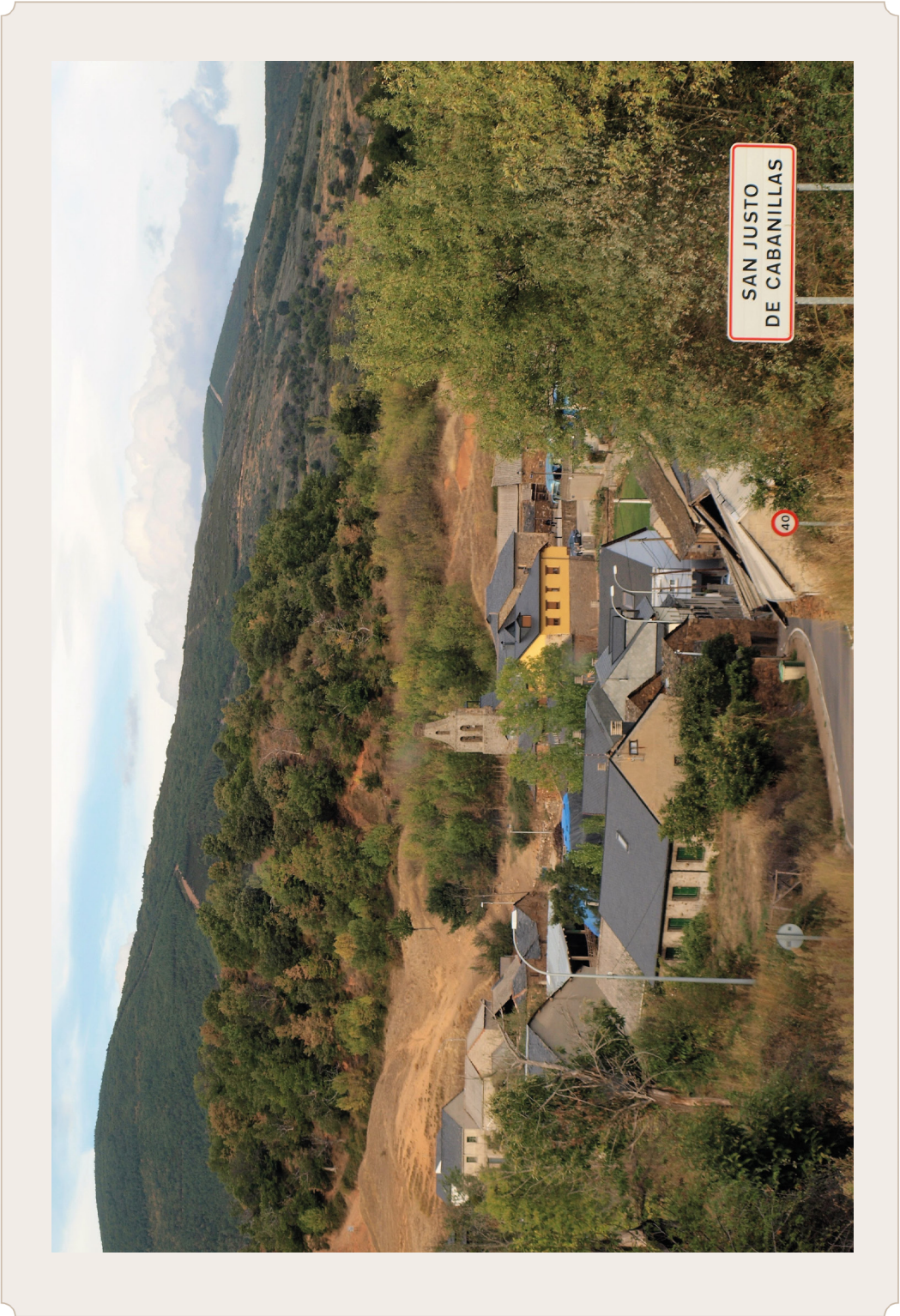
¿Crees que hay diferencias sustanciales entre el llamado Bierzo Alto y el Bajo?

Sí, es evidente que en el Bierzo Bajo ha existido tradicionalmente una mayor riqueza y consideración, tal vez porque allí se ubica la capital y la entidad de gobierno comarcal; una mayor oferta en diferentes ámbitos, incluida la cultural, la productiva con sus viñedos y bodegas, el peregrinaje por el camino de Santiago.... Ambas zonas del

Bierzo poseen unos marcos naturales y geográficos diferenciados, pero no por ello menos valiosos ni hermosos. Pero, sin dudarlo, a día de hoy sigo convencida de haber hecho la mejor elección: el Bierzo Alto, Noceda del Bierzo, la Sierra de Gistredo, sus amplios prados, sus cigüeñas y su sol.

¿Qué opinión te merece la revista *La Curuja*?

La Curuja es una pequeña gran ventana cultural de nuestro municipio que mantiene viva y comunicativa la historia y la tradición. Debemos apoyar esta iniciativa literaria y su lectura, que mantiene abierta esta oportunidad al conocimiento y la comunicación desde unos valores casi perdidos.



Colectivo Cultural



LA IGUIADA

www.nocedadelbierzo.com



DIPUTACIÓN
DE LEÓN



INSTITUTO
LEONÉS
DE CULTURA



AYUNTAMIENTO
DE NOCEDA
DEL BIERZO